

Si la mujer aborta, los esposos, para evitar que la desgracia se repita, se dirigen á no sabemos qué dios, le ofrecen nueces de coco, le prometen una sombrilla de plata; la mujer ofrece á Siva sus votos, se compromete á levantarle una piedra como ara, igual á las que se encuentran frecuentemente en el país. A ese propósito, los badagas desentierran con frecuencia hachitas de sílex que ellos toman como producción natural del suelo, «juego de la Naturaleza».

La mujer infecunda, cuyos votos no acoge el cielo, invita á su marido á hacer una adopción, la cual se efectúa por un curioso símbolo: El padre pasa la pierna por encima de la cabeza del niño que acaban de traerle. Ordinariamente la estéril va á buscar á la hermana que le sigue en edad y la hace aceptar como segunda esposa; de otro modo ella se marchará á ocultar su vergüenza á la casa paterna y será dichosa si encuentra algún viudo con familia pequeña á la que se consagrará, ó algún viejo sin casera.

De cualquier modo, el cónyuge conserva la prerrogativa de despedir á su esposa cuando haya cesado de agradaarle, aun cuando haya sido fecunda, quedando libre para celebrar tantas bodas como quiera ó pueda. Usa, no obstante, muy raramente de este derecho; y si la primera alianza le ha dado sucesión, se dará por muy satisfecho. En suma; los lazos de la familia no cohiben de modo enojoso los movimientos y libertad de los badagas, hombres ó mujeres. La casada, si no encuentra satisfacción en su casa, puede marcharse, á condición, no obstante, de abandonar á sus hijos. El marido le restituirá los cuatro cuartos que haya podido llevar al matrimonio; ella se vuelve tranquilamente á casa de sus padres, y espera las proposiciones de nuevos amantes.

La esposa no comprendida amenaza á veces con quitarse la vida; amenaza que no se echa en saco roto,

porque se suicidará fácilmente, cosa, sin embargo, bastante insólita entre los primitivos. Esas señoras, esas señoritas, les cuesta muy poco coger la adormidera, masticarla y caer en el sueño eterno. El heroico remedio es conocido: por la joven, si pretenden imponerle un hombre que no ama; por la casada, si quiere hacerse sentir.

De vez en cuando las viudas se hacen una gran reputación estrangulándose sobre la tumba de sus esposos. Eso es morir gloriosamente, y luego son invocadas por las esposas como divinidades tutelares. Las mujeres chinas suelen también abundar en esas ideas.

Los todas, hombres y mujeres, como gentes prudentes, no se casan sino bajo buenos auspicios. Es preciso que el joven pretendiente arregle antes cuentas con su futuro suegro; las mujeres están caras allá. Si se ponen de acuerdo, los dos jóvenes son encerrados inmediatamente bajo llave. La suegra del futuro está encargada de dar la comida durante el encierro con su hija. Pasadas veinticuatro horas, abre la puerta, y si el pretendiente no ha sabido complacer, es despedido. ¡Y hay que oír las pullas de los camaradas!

Si quedan mutuamente satisfechas las partes, el suegro firma la adopción, pone el pie sobre la cabeza del joven (esta ceremonia se llama de la *Ada Buddiken*), como si declarara: «Tú eres mi hijo, tú te has visto bajo mis pies, como el recién nacido caído á los pies de su madre que acaba de darlo á luz.» Este homenaje se exige al joven una sola vez, pero la mujer deberá presentarlo en varias ocasiones á los padres de su esposo, á los viejos de la casa y á los hermanos del marido. Todos le pondrán el pie derecho, y luego el izquierdo, sobre la nuca; luego el hombre de más edad de la casa la levantará y le pondrá su mano derecha sobre la frente en señal de adopción.

Por ese acto simbólico, la extraña, aceptada como

hija por todos los que tienen autoridad en la casa, queda reconocida cual una sirvienta, igual á humilde criada, «buena para todo». En efecto, la poliandria reina entre los todas lo mismo que en el Tibet y pequeño Tibet, igual que entre los courgs, los naires de Malabar, los cingaleses y tantos otros. La poliandria tódica ha conservado bien distintas las huellas de la antigua adelfogamia, en virtud de la cual un grupo de hermanos se casaba con otro grupo de hermanas. El hijo mayor hace la elección, toma la joven que le conviene. A medida que los hermanos menores alcanzan la edad de casarse, son mancomunadamente responsables del pago de la suma convenida con el suegro. La mujer casera, puesta en acción literalmente, vive durante un mes con cada uno de los asociados que van llegando al grupo, los cuales se reparten los niños del modo siguiente: El jefe de la familia toma el mayor; el hermano segundo se encarga del segundo pequeño, y así sucesivamente. Detalle significativo: todos los tíos gozan del título de *papaitos*. Mujeres, niños y bestias, todo es común en el *maud*; la mujer, una vez poseída, deja de poseer ninguna cosa.

Pero aun habiéndose apropiado á la esposa y á sus hijos, los asociados en la comunidad conyugal no han adquirido con ello el goce exclusivo de su persona. En compensación á su múltiple servilismo, tiene ella derecho, por su propia cuenta, á tomar para su servicio á un caballero, lo más frecuente cualquier joven que no ha sabido hallar con quien casarse, á causa de la poquedad de las partes. No obstante, la más cordial armonía reina en esas familias tan extrañamente compuestas. Hasta se pretende que es grato á la mujer toda tener tantos amigos como esposos se le han impuesto, los cuales serán tratados con exquisita cortesía. La cosa merece numerosas confirmaciones, pues sobre una práctica paradójica debiéranse prodigar los detalles.

Por desgracia, la gazmoñería británica se ha opuesto; los autores que nos suministran esos preciosos informes (Hong, Harness) lo hacen con disgusto, seca y brevemente, como protestantes escandalizados de tales inmoralidades; otros se limitan á decir que no pueden ni siquiera mencionar las torpezas de que esas criaturas se hacen responsables, torpezas que probablemente no son otras que las uniones entre hermanos y hermanas, entre mediohermanos y hermanas, todo lo más.

No quiere eso decir que esas buenas mujeres no piensen en ser modestas y convenientes tanto como la que más. Sólo que ellas hubieron de redactar á su gusto el código de las conveniencias, la *Civilidad pueril y honesta*. Eran reservadas y prudentes hasta no dejarse aproximar á nadie más que sus maridos y amantes; hasta se sentían presas de indignación si un extraño rozaba sus ropas. Esto debe decirse del pasado, pues desde que los señores extranjeros afluyen á ese país tan encantador y tan sano, se dice que los todas, generosos y desinteresados cuando no conocían el dinero, ponen ya agua en la leche, que ha dejado de ser exquisita, bendicen céntimos, tabaco y aguardiente; que las mujeres y las jóvenes, entregadas á una vida de prostitución, están roídas por enfermedades sifilíticas. Como siempre y en todas partes, ha bastado la presencia de los civilizados para envilecer y envenenar á pueblos que les habían acogido con amistad y buena voluntad.

Hemos dicho que en tiempos pasados, el hermano mayor, comprando una joven, adquiría, para la comunidad de que era jefe, el derecho á tomar por precio convenido á todas las hermanas menores á medida que llegasen á la edad de la pubertad. Sin embargo, la segunda era particularmente atribuída al segundo hermano, y así sucesivamente. En ese sistema de «fraternidad matrimonial», según frase de Lubbok, ó para

emplear el lenguaje de Linneo, en esa adelfogamia poliandro poligénica, cada mujer tenía varios maridos, todos hermanos, y cada hombre disponía de varias mujeres, todas hermanas. Pero al correr del tiempo se introdujeron modificaciones. Encontrándose bastante bien provistos con una mujer colectiva, los esposos permitieron á sus cuñadas que se casaran con quien pudieran. Los tiempos eran duros y era prudente la economía; tres hombres se contentaban con dos mujeres ó cinco con tres. Demasiado respetadas por los hombres, las mujeres fueron de difícil colocación, y como entre los khouds, los radjpoutes y tantos otros, se introdujo el abominable infanticidio femenino. La madre ó sus amigas eran las naturales encargadas de ese odioso acto. Interrogada una toda, contestó:

«Nosotras no matamos jamás á los niños. En cuanto á las niñas, es diferente, pero con todo, sólo matamos á las fuertes y robustas; respecto á las raquílicas y deformadas, no nos atreveríamos á tocarlas, eso sería pecado.»

Raquílicas y deformadas había pocas. Así, pues, se conservaba la mayor y se suprimían las que venían después, en su mayor parte, tarea que realizaba una vieja ahogándolas en leche, ó amordazándolas con un trapo para privarlas de respirar, depositando luego el cadáver á la puerta del establo para que los animales, á la salida, le aplastasen bajo sus pies. Los pequeños cadáveres eran enterrados, jamás quemados. Como se ve, hay otros malthusianos además de los devotos del reverendo Malthus, apóstol del Evangelio, según Mánchester.

El gobierno inglés prohibió severamente el infanticidio. Marshall, después de investigaciones minuciosas, afirma que ese crimen ha desaparecido, y consigna un hecho singular: los nacimientos femeninos, lejos de igualar á la natalidad masculina, no alcanza sino la

proporción de un 70 por 100; anomalía que se explica por el predominio que desde luengas generaciones habrá dado á las familias que producían, por casualidad, menos niñas que niños. La tendencia convertida en hecho natural, determinará entre los todas una variedad más productora de machos. Por otra parte, ese mismo hecho ha sido observado, según se dice, en todos los países de infanticidios femeninos. Se cree que existen razones suficientes para afirmar que en un país de poliandria, se produce un exceso de nacimientos masculinos, y exceso de nacimientos femeninos en las regiones donde impera la poligamia. Según eso, la naturaleza parece ser que se acomoda á nuestros caprichos. Pero esos hechos sólo están indicados; la demografía no posee documentos suficientes para resolverlos. Sea lo que fuere, ese pueblo disminuye constantemente, y son numerosas las razones que se asignan á ese decrecimiento. A cada especie animal ó vegetal le está asignado un período de tiempo indefinido: la familia de los todas toca al fin de su período.

También el período adelfogámico desaparece; actualmente no hay un toda, por poco acomodada que su situación sea, que no quiera para él sólo su mujer; el casamiento poliándrico no es más que para los más indigentes. Sin embargo, el levirato, último corolario de esa costumbre, el levirato que la historia de Booz y de Ruth ha hecho familiar á judíos y cristianos, está en vigor en los Nilgherris, en donde la viuda tiene todavía derecho á casarse con su cuñado. De un modo ó de otro, las que no están bastante emancipadas encuentran siempre el modo de volverse á casar, y la viuda joven de treinta años que se negase á contraer matrimonio nuevamente, sería señalada desfavorablemente: «¡Está loca!» dirían de ella. Hay que decir que jamás un toda ha maltratado á su mujer. En país de poliandria, un marido refunfuñador ó brutal es cosa

desconocida. Y ello se comprende: no se tiene el derecho de propiedad.

Los casamientos entre parientes próximos no han tenido malas consecuencias. Ese pueblo, practicando la más estrecha endogamia desde hace siglos, goza de una constitución atlética, de un físico agradable, y es conocido por la dulzura de sus costumbres, por la paz y la tranquilidad de su existencia.

Al morir el padre, los rebaños se reparten equitativamente entre todos los hermanos. La casa pertenece al más joven, que alojará y cuidará de las mujeres de la familia durante su vida. Ese es el derecho de *juveniou* (infantazgo), que subsiste aún en algunas partes del goblo, entre los mrus, los kohls y cotas, entre los tártaros, y sin ir tan lejos, en algunos distritos del Peregord. El «Borough English» de la Gran Bretaña ó la «costumbre de Ferrette», como se dice en Francia, se funda en la preferencia natural de las madres y los abuelos sienten hacia los más jóvenes, especialmente confiados á sus cuidados y ternuras; el último vástago, el chiquitín entre todos, es siempre el querido de la madre, mientras que el primero, el mayor, es el preferido del padre. La ley de Manou hacía de la procreación del primer hijo un deber estricto, una ordenanza religiosa, abandonando al buen deseo la generación de todos los demás, designándolos con cierto desdén como los «hijos del amor». Así es que el primero y el último tienen ciertas ventajas sobre los intermediarios, que se ven constreñidos á procurarse la vida sea donde fuere, puesto que el mayor toma la tierra y el último la casa. La casa porque el pequeño es la madre. En efecto, sucedía mil veces que, al morir el padre, el último hijo, débil criatura de pecho, no había nacido sino para perecer; la casa era, pues, dejada á la viuda para poder criar á su hijo, el cual, llegado á edad de hombre, tenía contraído el deber de conservar á su ma-

dre, haciéndole la existencia feliz. En definitiva, la ley de *juveniau* es una reminiscencia del antiguo matriarcado.

Hacia el séptimo mes del embarazo, el toda y su esposa penetran en lo más profundo del bosque, eligen un árbol y en él cuelgan una lámpara encendida — luz y vida son en todas partes sinónimos; — la mujer se arrodilla y recibe con profundo respeto un arco y flechas minúsculas; las deposita junto al tronco del árbol y luego comparte con su marido la comida de la tarde. Juntos, sin otro abrigo que el de la enramada, pasarán la noche en la selva, poniendo así al niño que ha de nacer bajo la protección de los árboles y sus genios tutelares.

El parto tiene lugar al aire libre, y después de haber dado á luz, se le entregan al padre tres hojas del árbol precipitado, que, tomándolas por copas, pone en la primera algunas gotas de agua con las que humedece sus labios; luego trasvasa el líquido restante á las otras dos hojas; la madre bebe su parte, y hace beber al recién nacido la restante. Así es como el Padre, la Madre y el Niño, primera trinidad, celebran su primera comunión y beben el agua vivificante, más sagrada que el vino, en las hojas del Arbol de la Vida.

Desde el día siguiente por la mañana, la madre se traslada con su recién nacido á una cabaña instalada en lo más espeso del bosque, probablemente bajo las ramas del árbol místico. Permanecen allí hasta la luna nueva, permanencia que puede ser de un día ó de cuatro semanas. Pero cuando la madre se ha reintegrado á la casa, el padre la abandona y va, á su vez, á vagar por el bosque durante toda una luna. Costumbre muy parecida á la de la covada.

¿Por qué el niño, arquero antes de nacer, debe comenzar así su vida de selvícola? ¿Es acaso el vestigio de una época, desde hace tiempo olvidada, cuando el

toda ignoraba otra industria que la caza en el bosque? ¿Es una reminiscencia de la antigua y universal leyenda, que declara al hombre salido de la encina, del álamo ó del sicomoro, un recuerdo de la tradición que les llama Iggdrasil, la coscoja; Askr, el fresno; Vidhr, el sauce; Reynir, el serval? ¿Que les presenta como germinados del bayuco, de una pepita, de una bellota ó de una nuez? ¿Pretenden acaso poner al toda pequeño en relación de simpatía con los árboles, maravillosos gigantes de vegetación? ¿Quieren que transmita al chiquitín la «Sal» de su gracia y de su belleza, el «Tek» de su poder y longevidad, el «Maoua» de su gracia y de su perfume embriagador?

Ponerle un nombre es otro asunto importante. El padre envuelve al niño con su manto y lo lleva al establo mayor. Sin entrar, poniéndose á distancia respetuosa, saluda al santuario con ademán solemne, saca al pequeño de la envoltura que le hacía inmune al mal de ojo y á las corrientes de aire, lo levanta bien alto ante el cobertizo, donde están indicados los dioses del pueblo, luego lo inclina lentamente hasta hacerle tocar el polvo con la frente. Y cuando yace en tierra, pronuncia un nombre y se pone á orar: «¡Caiga la bendición sobre nuestros hijos! ¡Prosperen los toros, las vacas y el pueblo entero!» Los nombres masculinos son tomados de cosas divinas, tales como los establos y las fuentes. En cuanto á las niñas, la madre, sin gran aparato, les pone el nombre que mejor le parece.

A los niños de pecho se los desteta á los treinta y seis meses, no antes; frecuentemente se les deja mamar hasta los seis años.

---

Bajemos ahora á nuestros amigos los agricultores. El *bambino* badaga no tiene valor alguno hasta que la

madre no ha tragado algunos pellizcos de ceniza y un trozo quemado de *acorus calamus*, cuyos ingredientes comunican á la leche no sabemos qué propiedades. El mamón ingurgita *asa fetida* y un escrúpulo de cierta masa viscosa, reputada divina, que suele encontrarse raramente en las entrañas del toro; esa secreción se parece sin duda á esas pretendidas piedras de bezoar, á las que en la Edad media se les atribuía extrañas virtudes.

Hay días fastos y días nefastos; los niños que nacen en la plena ó nueva luna, créese que han venido á la vida en mala hora. De la vaca que pare en viernes, lo mismo que de su cría, se deshacen rápidamente.

De los veinte á los treinta días, la familia reconocía á la criatura. Se reunen los hermanos de la madre — de la madre, fijarse bien; — el de mayor edad lo coge en sus brazos, le agujerea las crejas y le da un nombre en alta voz.

La primera vez que se le corta el cabello al niño, es un día de gran fiesta.

---

Después de las necesidades puramente animales de comer y beber, ninguna otra es más profundamente sentida que la de las emociones. En cuanto á las necesidades intelectuales, sólo surgen en último término. El dolor es más fácil de producir que el placer; en la gama de las sensaciones, las notas del sufrimiento son más accesibles, numerosas y variadas que las demás. Los pueblos, hasta los pueblos niños, lo saben bien. El hombre primitivo aprovecha evidentemente las ocasiones para emocionarse con los dolores de otro, y si no puede hacer otra cosa, con los suyos propios. Por consecuencia, la justicia no ha sido otra cosa, hasta el presente, que un sistema de penas y suplicios. La re-

ligión—pretexto de maceraciones y torturas—sintiendo que la vida terrestre no era aún bastante dolorosa, ha imaginado los tormentos eternos. Las fiestas nupciales y nupciales no siempre han sido exentas de crueldad, y muchas veces se ha cogido la ocasión de los obsequios para derramar sangre é infligir dolores. Las que nosotros vamos á contar entre los todas y los badagas pueden contarse por entre los más inocentes, pero están bien pensadas para producir emociones. Con tal que la emoción se produzca, poco importa que sea agradable ó desagradable. Entre los primitivos, la distinción entre el placer y la pena, el dolor y la alegría, está menos acentuada que entre nuestros civilizados. En sus entierros nuestros montícolas bailan y cantan, consumen todas las provisiones que pueden tener, pasan de las risas á los llantos y de los sollozos á la loca alegría. ¿Están tristes? ¿Quién lo sabe? Así, por ejemplo, los todas se reúnen en casa de un amigo, le abrazan media docena á la vez, le hacen desaparecer en medio de una pirámide que ellos forman apoyando todos su cabeza sobre la del amigo, y luego cantan, lloriquean, gruñen y gritan. Un grupo aúlla y se lamenta: ¡ay! ¡ay! ¡ay! Otro grupo le contesta con entonaciones más sordas todavía: ¡ay, ay! ¡ay, ay! ¿Cree-réis, acaso, que el hombre á quien visitan está enfermo, que va á morir ó á marcharse por largo tiempo? Nada de eso; regresa de viaje y se regocijan de volverle á ver sano y salvo.

Una bagada acaba de fallecer. Sigamos sus funerales: la fiesta durará lo menos tres días.

A la entrada del villorrio yérguese un eucalipto, árbol sagrado, ante el cual levántase una especie de altar, una gruesa piedra derecha, alta de unos cinco

pies; el todo rodeado por un círculo de guijarros. El cadáver, echado sobre una cama con dosel y adornada con grandes hojas, se pone á la sombra del gran árbol, y se llevan provisiones de viaje: el arroz en cenachos, la leche en vasijas. Simientes en grandes puñados arrójanse al fuego y se distribuyen entre los asistentes; los pobres y los forasteros llevan *banastos* llenos.

Nos encontramos en la mañana del primer día. He ahí que aparece una procesión. A la cabeza forman músicos cotas. Los parientes y amigos desfilan ante el cadáver tocando un ángulo del lecho mortuario. Empolvados todos ellos, arrojan á la difunta polvo abundante y se prosternan exhalando gemidos. Las mujeres se arrojan sobre su antigua compañera, la apostrofan llorando, le hacen caer leche de sus pechos sobre los muertos labios. Siguen después todas las vacas de la familia, para que la difunta se regocije al verlas por última vez, para que se despida de todo lo que el mundo posee de más hermoso. En último término del cortejo, los muchachos preséntase con sus manos juntas, apoyan sobre sus frentes un hocino acabado de afilar. Cada cual á su vez se detiene, deja caer un puñado de tierra sobre la cara de la fallecida, saluda profundamente y se retira. Con esos instrumentos cortantes sobre la frente ofrecen un sacrificio: no cabe duda que ese siniestro símbolo recuerda alguna atroz realidad de tiempos pasados.

Esas genuflexiones y lamentos sirven de prelude á la zambra, á la gritería. Adoptando una apariencia terrible, lanzando sus brazos hacia adelante, crispando los puños con violencia, arrojándose sobre el suelo y levantándose súbitamente, los hombres robustos parece como que están en lucha con demonios que quieren llevarse el alma de la difunta. Los malos genios son rechazados, los afligidos hacen un alto en sus gemidos y sollozos, y como sacudidos por una fuerza eléctrica, agi-

tan los brazos y estremecen las piernas. Empieza la danza, lenta, indecisa, luego se acentúa, se acelera y degenera en locos movimientos, en furioso cancan. Algunos espectadores, tranquilos hasta entonces, se enloquecen también y se precipitan en el torbellino. Arrastrados por el delirio, se despojan de sus vestidos, los cambian por el de una mujer y gesticulan de un modo obsceno. Todo eso, según se dice, es para asistir á la difunta, para comunicarle sus fuerzas, para que haga provisión abundante, pues tiene, tendrá gran necesidad de ella en su largo viaje. Porque de buenas á primeras ha de subir hasta la cúspide del Kaylasa; después necesitará caminar por ciénagas y lagunas, por abismos y precipicios, tendrá que hacer la difícil travesía del Río de la Muerte. Sobre ese río hay tendida una débil cuerda, y toda alma se aventura antes de penetrar en su última morada. ¡Desgraciada si resbala ó da la vuelta! Ninguna, ni siquiera la mejor y la más justa, está segura de no zozobrar, de no perecer en la espantosa travesía. Hay que desafiar un monstruoso cetáceo, la marsopla; y además dos demonios: Fauces de Cañón y Pico de Buitre, el uno que traga y el otro que desgarrar. Con los esfuerzos y las sacudidas, con las agitaciones y estremecimientos, se ayuda á la difunta á cogerse del sol, á subir hasta él, luchando y saltando por la acerba cuesta del firmamento.

Esa superstición nos parece absurda y fantástica; sin embargo, no es extraña entre los europeos. Ciertos válacos no quieren que se les obsequie en las horas matinales, precisamente por librar el alma de la ruda ascensión al zenit; temen, sin duda, que se rinda siguiendo al sol; y si toma más fácil camino, tiene menos peligro de extraviarse y de caer, desfallecido, como presa de los vampiros que la acechan.

Sea lo que fuere, cuando ese astro soberbio, alma del mundo, ha llegado á lo más alto de su carrera y

deja caer sus rayos sobre el círculo de los Nilgherris, el alma badaga que se deja rodar por los flancos del monte Kaylasa, no tendrá que hacer gran camino hasta el Palacio de las Almas. Allí descansará esperando que se le anuncie, por quien tiene derecho, que el portero ha recibido permiso para abrir. En la tierra cesa el estruendo; se enjugan las fuentes, se deja caer al borde del sendero, y los bailadores, rendidos, se alejan volviendo atrás la mirada.

Pero aun no se está más que á la mitad de la ceremonia. El cuerpo no ha sido aún transportado á su última morada; aun es posible que su espíritu pueda y quiera entrar en el cadáver—las mal intencionadas trabajan. Por el momento, el alma está en espera, ignorando la acogida que tendrá en el otro mundo. En previsión, se le había entregado el portazgo que el portero le reclamará. Desde que un enfermo entra en la agonía, se le pone sobre la lengua un grano de oro, pequeñísimo, y si no tiene fuerza para tragárselo, se lo cosen en un trapito y le prenden luego á un brazo. El óbolo á Caroute, práctica universal, se encuentra hasta entre los campesinos de Francia.

Cuatro hombres cogen la parihuela, se la cargan sobre los hombros y se ponen en marcha, precedidos por la música. Formadas en línea, por la izquierda, las mujeres ahuyentan las moscas al cadáver con sus abanicos. Delante del cortejo corren algunos hombres, se vuelven bruscamente y se dejan caer sobre el suelo, tan largos como son. ¿Por qué? No lo dicen. Junto á un arroyo tiene siempre lugar la incineración. El cuerpo es depositado sobre las maderas de la hoguera, con diversos objetos, como adorno, de uso doméstico, y que el humo se llevará. El hombre está pro-

visto de un arco, de un puñado de flechas y de un bastón de viaje; no ha olvidado su cantimplora preciosa, ni su fiel flauta. Los morteros y mazas de picar el grano están comprendidos en el traslado, así como varios objetos, los cuales pueden substituirse por otros imitados de poco precio. Los muertos no tienen pretensión por estos ó los otros instrumentos materiales, no necesitan herramientas fuertes y pesadas; en el reino de las sombras no se necesitan sino imágenes. Scarron lo sabía muy bien.

Para que los jueces de ultratumba reciban al difunto con benevolencia, es necesario que les sea entregado puro, limpio y sin mancha. Con tal objeto tiene lugar una ceremonia que los misioneros cristianos se han complacido en consignar la semejanza con los ritos mosaicos, llamados de la «Vaca Roja» y del «Cabrito Hazazel». Los pecados de Israel eran transportados sobre la vaca que se quemaba en el altar, y sobre el macho cabrío que cazaban en el desierto. Ciertos montañeses de China condenan un hombre á la Peste. La hacen entrar en su persona por medio de ciertos encantamientos y él vacía el departamento. Cargan también crímenes y delitos sobre un desgraciado, que se deja inmolar á condición de que la comunidad cubra las necesidades de su familia (Hellwald). Los todos tienen una vaca expiatoria que degüellan, y cuyos terneros abandonan luego en el monte; los gonds pasan sus crímenes y delitos á las aves de corral, que hacen luego volar á las lagunas; del mismo modo los badagas endosan las faltas del difunto y las de sus antepasados á una ternera que luego persiguen á golpes hasta en medio del bosque. Obsérvese que ese novillo llamado Bassava, y por el cual hacen arrastrar sus pecados, es una encarnación de Vaudi, el propio hijo

del dios Siva (1). El culpable toma de ese modo al juez para que responda, el criminal identifica con el castigador de los delitos, el cual sabrá siempre arreglar sus cuestiones. ¡Es un triunfo de la sutilidad humana esa manera de arreglar las cuentas con su propia conciencia!

Los oficiantes se colocan ante la hoguera, y teniendo á un novillo por los cuernos, recitan una liturgia que nosotros abreviamos (2).

«Mada, nuestra hermana, abandona el mundo donde se muere, emprende el viaje, el gran viaje. Mada ha muerto. Pero he aquí Bassava. Sobre el torito nacido de Barrigé, la vaca abigarrada, depositamos nosotros los mil y ocho pecados que ha cometido Mada, y todos los pecados de su madre, y todos los pecados de su abuelo, y todos los pecados de su abuela, de su tata-rabuelo y de su familia entera.

»¿Qué ha hecho Mada? Ha pecado, ha pecado mucho. Y he aquí los pecados que ella ha cometido:

»Mada hizo que sus hermanos se querellaran.

»Mada envenenó la comida de otro.

»Mada extravió á quien le preguntó por el camino.

»Mada negó el arroz al hambriento.

»Mada no admitió en su hogar al viajero cansado.

»Mada arrojó espinas sobre el camino.

»Mada rompió con ira los vestidos prendidos en el zarzal.

»Mada cortó las raíces del árbol solitario.

»Mada agujereó la pared del depósito para que se escapara el agua.

»Mada bebió en el arroyo sin saludar ni dar gracias.

»Mada escupió en las fuentes.

»Mada orinó en el fuego.

(1) — Bauchofeu, *Antiquarische Briefe*.

(2) — Graul, *Die Westküsti Ostindiens*.



- »Mada excretó ante la faz del Sol.  
 »Mada fué acusadora de sus hermanos.  
 »Mada enseñó los dientes á su hermana.  
 »Mada levantó el pie contra su madre.  
 »Mada se acostó sobre un tapiz, cuando su suegro no tenía donde sentarse.  
 »Mada, por agasajar á los extraños, echó fuera á sus parientes.  
 »Mada fornicaba con su yerno.  
 »Mada miró la cosecha de su vecino con envidia.  
 »Mada codició la vaca del vecino.  
 »Mada cambió de sitio un lindero.  
 »Mada aró con un toro demasiado joven.  
 »Mada mató una serpiente y un lagarto.»

A cada enunciación, la asistencia repite con voz sorda y gutural:

*«¡Lo cual es un pecado!... ¡lo cual es un pecado!»*

La infeliz difunta no había, ni con mucho, cometido los pecados que se le imputaban; pero diciendo todos los pecados que cometerse pueden no omitían ninguno. Además, los crímenes no cometidos podían haber existido en intención. Esa letanía recuerda la «confesión de las Cuarenta y dos Culpas» puesta por el «Ritualismo funerario» en boca del difunto, que se presentaba ante los cuarenta y dos jueces del Amenti egipcio. El alma se defendía también de haber cometido robos, adulterios ó asesinatos, de haber profanado las cosas santas, de haber hecho llorar á los parientes.

«¡Que los mil y ocho pecados recaigan sobre Bassava! ¡Sobre Bassava todos los pecados de sus parientes! ¡Sobre Bassava todos los pecados de sus ascendientes!»

Y el coro:

«¡Que todas las iniquidades caigan á los pies del búfalo, y que los destruya con sus pezuñas! ¡Sobre Bas-

sava todos los pecados de Mada! ¡Que desaparezcan, que desaparezcan y que no se les vea más!»

Y todos, arrojándose sobre el novillo, le empujan y golpean y persigen gritándole: «¡Arre! ¡lejos de aquí! ¡lejos! ¡bien lejos! Y el animal, aturdido por el ruido y los golpes, arranca furioso y corre hacia el bosque. Ahora que los pecados de Mada corren por la espesura llevados por Bassava, que no volverán á ver, la muerte ha pasado á ser santa, y la asistencia entona la letanía de sus virtudes:

«Mada besaba los pies de su padre y la rodilla de su madre.»

Y el coro, con acento convencido:

*«¡Lo cual es acto meritorio!»*

«Mada se prosternaba ante la luna.

»Mada abría sus manos ante el sol.

»Mada protegió al buey perseguido.

»Mada dió asilo á la vaca atropellada.

»Mada daba manteca, manteca abundante como la lluvia.»

*«¡Acto meritorio, acto meritorio!»*

Luego se levanta una mujer y celebra las altas cualidades de la difunta. Habla ésta de abundancia, las comadres la interrumpen completando el panegírico: «—¡Siempre buena madre!... — ¡Sí, sí; cuántas limosnas ha distribuído!... ¡Sí, sí!» La emoción se apodera de la asamblea, las voces se interrumpen por sollozos; las ancianas se desolan, los muchachos aullan. Todos á la vez espantan las moscas de su pálida cara, ofrecen á la difunta las últimas dulzuras: tabaco, betel, pimienta y azúcar de cebada.

Pero se hace tarde, es preciso terminar. Los celebrantes invitan al silencio, y dirigiendo los brazos hacia el Septentrión, exclaman:

«¡Abrete, gran boca del sepulcro!»

»¡Mada pasará el río que separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos!

»¡Pasa sobre el puente, oh Mada, y que el hilo no se rompa!

»¡Delante de Mada, cierra, oh dragón, tus espantosas fauces!

»¡Que los pedruscos no cierren á Mada la residencia bienaventurada!»

»¡Que los Pilares Incandescentes no le quemén las manos!

»¡Que no sea detenida por la muralla de oro con columnas de plata!

»¡Puertas de la eternidad, abrid vuestros dinteles ante Mada!»

Un hombre se aproxima llevando en la mano una tea encendida; la aplica á la leña volviendo atrás la cara.

Al día siguiente, los parientes se cortan barba y cabellos, reúnen las cenizas, las llevan al arroyo y los huesos no incinerados los cubren con piedras. Las gentes pobres son autorizadas directamente para buscar entre las cenizas las joyas deshechas.

Cada aniversario, los amigos cantan y bailan ante el pequeño montón de restos funerarios. De vez en cuando interrúmpense para revolcarse sobre las cenizas y taparse la cara. La ceremonia, mezclada con abundantes comidas, dura tres ó cuatro días, y se termina con una orgía que los misioneros juzgan imposible de describir. Tiene seguramente por objeto vivificar el alma errante, ponerla en estado vigoroso.

Pasemos ahora á los inmediatos vecinos de los badagas:

El toda que se siente morir, no quiere abandonar el mundo como un bergante, como un hombre cualquiera; le sería desagradable marcharse por coacción ó por fuerza. Para despedirse de sus amigos y bienqueridos, se

atavia con sus mejores vestidos, se cubre de gargantillas y joyas que no le abandonarán hasta fallecer ó curar. Se ha visto á los enfermos levantarse, concentrar todas sus fuerzas, hacerse bravos y pararse en todas las puertas, adornados con su quincallería, vestidos con su más bella toga, ostentando el lujo de un manto nuevo, las manos en los bolsillos repletos de azúcar, trigo tostado y otras pequeñas golosinas, y luego, terminadas las visitas, volver jadeantes, caer en la agonía. Prefieren no desaparecer sino en días fastos: domingo, jueves ó sábado. Pero la muerte no siempre consulta las conveniencias y se permite la libertad de llevárselos sin consultar la opinión del destinado.

El cadáver es depositado en un cobertizo cerca del aprisco. Se cubre la puerta con un sudario, se le pone de pie teniéndole por la derecha y por la izquierda. Se conducen hasta allí todos los rebaños, al cuello de las reses se prende un cencerro sin badajo y se les grita: «¡Seguid al amo!»

Los afligidos abren una fosa y, arrojando la tierra sobre el difunto y sus ganados, dicen en alta voz: «¡Volved á la tierra!»

Al desfilar las vacas y los toros, los novillos y terneras, cada animal marcha entre dos hombres que lo llevan por los cuernos. Sobre el animal que pasa se levanta el brazo tieso y se hace tocar la frente con un ademán que explica la locución del derecho romano: «El muerto sobrecoige al vivo.» Y esta expresión del recto cañón: «Los bienes de mano muerta.»

Sobre la leña de la hoguera, compuesta de siete maderas olorosas, se exponen varios objetos, propiedad personal del difunto, y algunos comestibles, sin olvidar una botija de agua. Se alumbrá un fuego por medio de la frotación de dos varitas sagradas. Mientras la llama prende, el cuerpo es balanceado por tres veces, luego